

la admiraba... Disimulé un poco mis aficiones, que cada día se apoderaban más de mi pobre alma sepultada en aquella región del fastidio. Hablando yo conmigo misma ó con Dios en la soledad de mi celda, me comparaba con Patrocinio; llegaba á creerme que tenía delante de mí su rostro blanquísimo, sus ojos que ven los pensamientos, sus manos de cera con los estigmas de las llagas, sombrero entre rosado y verdoso... Y viéndola de presencia, como hechura de mi imaginación, le decía: Tú haces milagros, y yo combinaciones naturales, que son los milagros de la tierra; tú trabajas con las cosas que están por encima de las nubes, con lo invisible y espiritual; yo trabajo con plantas humildes que tú pisas creyéndolas cosa despreciable. De estas plantas extraigo zumos, de otras aprovecho las flores, las raíces, las cortezas, y preparo bebidas medicinales, ingredientes que sirvan para realzar la hermosura, ó para mil usos y aplicaciones útiles de la vida que, por ser tantas, no se pueden contar. Tú haces tus arrumacos y tu arte de los cielos para dominar á las criaturas y someterlas á tu mando, para ayudar ó estorbar á Reyes y Ministros en el mangoneo de la dominación, ó en guiar á ese ganado hombruno que, como el ovejuno y el vacuno, se deja llevar por el miedo ó por el engaño. Yo no aspiro á gobernar á nadie, sino á ser útil á unos cuantos, y á emplear mis días en un trabajo modesto que á mí me sostenga y me dé mejor y más cómoda vida.

Tú manipulas con lo divino, yo con la Naturaleza, y en mis milagros no entran para nada el Dogma, ni la Pragmática Sanción, ni la Legitimidad; no entran más que las hierbas de Dios, el agüita de Dios, y el fueguito de Dios...

„Estole decía yo en mis pláticas solitarias, y aun creo (no puedo asegurarlo) que se le dije de palabra viva, frente á frente, en alguna de las agarradas que tuvimos cuando me llamaba á su celda para reprenderme..

## VIII

Por segunda ó tercera vez escancié rosolí en las dos copas, y pasando por el gáznate un buche de agua para aclarar la voz, prosiguió de este modo: “De entonces, y digo entonces por no poder marcarte la fecha, datan mis mayores trastornos. Las paredes y el techo de *Jesús* se me caían encima. Las locuras de otros días se repitieron con mayor gravedad; yo no me contentaba con dar gritos, sino que se me salían de la boca, sin pensarlo, palabras feísimas, las más feas que hay, y que yo no había dicho nunca. Pasados días me divertía mucho asustando á las monjas; mejor será decir que me vengaba. Algunas no me podían ver. El susto de más efecto era figurar que me ahorcaba, y apretándome el cordel y sacando la lengua,

yo les metía un miedo horroroso... A tanto llegué con aquel desatino, que ya no me dejaban sola en mi celda, y dormía siempre con dos guardianas. Andando los meses me sosegué, no influyendo poco en ello la divina *Madre*, que muy cariñosa me amonestó y consoló, permitiéndome coger plantas y hacer con ellas apartadijos como los de los herbolarios... Pero un día, ¡ay!... Voy á contarte lo más atroz que hice, y el más estafalarío, el más ridículo y cruel de mis disparates. No sé qué día fué, ni la fiesta solemne que celebrábamos, porque en esto de fechas y festividades siempre he sido muy corta de memoria. Lo que sí recuerdo como si lo estuviera viendo es que aquel día tuvimos procesión por el claustro, á la que asistió el Rey bajo palio, con cirio, acompañado del Infante D. Francisco, su señor padre y del Padre Fulgencio, su confesor... Después de esto hubo refresco; se sentaron todos en el jardinillo, que hay en el centro del claustro. Recordando el calor que hacía, calculo que ello era al apuntar del verano, quizás en la fiesta de la Pentecostés ó de la Santísima Trinidad... Yo me acuerdo de que llevé sillas para que se sentaran los convidados. Frente al Rey estaba Patrocinio; á su derecha el Infante D. Francisco, y á su izquierda un fraile que no sé si era el Padre Carrascosa, confesor de la *Madre*, ó Fray Toribio Martínez Cuadrado. Es muy raro esto de que se me confundan en la memoria dos frailazos de época muy distante el uno

del otro. La confusión será porque se parecían; ambos eran grandullones, fornidos, de anchos hombros y pecho, caderas muy señaladas; unos hombrachos como castillos, con gordura de mujeres apopléticas. Yo llevaba bandejas con refrescos, y me las traía con los vascos vacíos... En una de estas idas y venidas me entró de repente la mala idea, una idea rencorosa y asesina, que con ninguna reflexión pude dominar. Ello era unas ganas muy vivas, muy ardientes, de ofender al buen fraile, que á mí no me había hecho daño alguno ¡pobre señor!, pero que en aquel momento me inspiró un odio mortal y una repugnancia inaudita, por el bulto que hacían sus carnazas amazacotadas. Ciega de aquel furor que me acometió como una instigación del demonio, dejé en el suelo la bandeja vacía, metí la mano bajo el escapulario, saqué un alfiler muy gordo y largo, de cabeza negra, que llevar conmigo solía, y cogiéndolo con disimulo, y llegándome bonitamente al fraile, se lo clavé en la nalga con presteza y saña, metiéndoselo hasta la cabeza... Hija, el grito que soltó Su Paternidad, y el respingo que dió, saltando del banco y echándose mano á la parte dolorida fueron tales, que al primer momento todas las monjas soltaron la risa... Bufaba el fraile; yo salí huyendo avergonzada, y aquello fué un escándalo, una tragedia... Luego me contaron que el Rey se había reído, y consolaba al Padre diciéndole que el alfilerazo no había sido más que una broma,

y que sin duda mi intención no fuéirme tan á fondo...

„Ya comprenderás que esta barrabasada mía, hecha tan sin pensar, agravó mi situación... En el convento se hablaba de mandarme al *Nuncio* de Toledo, donde hay un departamento para monjas que están mal de la jicara. Las que me querían mal me lo dijeron, y al saberlo yo, tuve el arrebató de ahorcarme de verdad, que sólo me duró un ratito... En esto me llamó Patrocinio á su celda y hablamos lo que voy á contarte: “Yo me someto á todo lo que Su Caridad determine—le dije,—menos á que me lleven á una casa de Orates, pues aunque parezca loca no lo soy. El clavarle el alfiler al Padre confesor fué una travesura... El nos había dicho que el dolor es muy bueno y que debe regocijarnos. Tuve la mala idea de causarle dolor para que se regocijara... Pero no volveré á jugar con alfileres; yo se lo prometo á Su Caridad..” Y ella á mí: “Hermana, está usted enfermita del caletre, y es menester curarla. Su mal proviene, según entiendo, de una fuerte inclinación á las cosas temporales, que perdura después de tantos años de vida religiosa. ¿Qué quiere decir eso de rebuscar y exprimir las plantas para comerciar con su jugo? Pues es codicia, es preferir lo humano á lo divino, y lo menudo á lo grande...” Yo repliqué: “Así es. Su Caridad está en lo cierto. Me llama lo menudo y andar á cuatro pies por la tierra. ¡Dichosas las almas que se apacientan en

los campos del cielo comiendo estrellas! Yo no tengo esa perfección. Al lado de Su Caridad soy como una burra que pasta en los prados y no ve más que lo que come... Tengo la pasión de las cosas necesarias, ó si se quiere, menudas, y de entretener mis manos en labores vulgares que den de comer á alguien, á mí la primera. Me gusta trabajar, hacer cosas; me gusta vender, me gusta cobrar... Si eso es pecado soy gran pecadora; pero no demente..” Y ella: “No diré que sea pecado en el siglo; aquí podría serlo. Hermana mía, yo no le deseo ningún mal; quiero para usted todos los bienes, y puesto que se ha llamado burra, le diré que este pesebre no le cuadra...” A la semana siguiente volvió á llamarme y me notificó que yo no podía seguir en el convento, y que por no dar la campanada de mandarme al *Nuncio* había escrito á mi madrina, Doña Victorina Sarmiento, para que supiera lo que ocurría, y á mi padre para que fuese por mí y se encargara de mi curación. Estas palabras de la divina *Madre* me causaron tanto gozo, que sólo con oirlas se me quitaron como por milagro todos mis males de corazón y de nervios. Ve aquí por qué quiero á la *Madre*. Llorando de gratitud le dí las gracias, y al despedirme me dijo con gracia: “Celebraré mucho que el trajín de *hacer cosas* y de venderlas la cure de esos arrechuchos, hermana querida. Ayude usted en la cerería al buen D. Gabino, que ya debe de estar gastadito y achacoso; trabaje con él, cobre salud, y no

nos olvide. Haga vida de recogimiento para que su salida no cause escándalo, y viva en concepto y opinión de enferma que busca su reparación en la casa paterna... Antes de abandonarnos, déjenos, con sus recetas, todo lo que tenga hecho de la pasta para blanquear y afinar el cutis de las manos..”

„Los días que transcurrieron desde esta conversación hasta que mi padre, la *Madre*, Doña Victorina y el Vicario se pusieron de acuerdo para mi salida, los pasé en gran ansiedad. Me atormentaba la idea de que el fraile, cuyas carnes orondas traspasé con el alfiler, influyera para que, en vez de mandarme á mi casa, me encerraran en el Nuncio. O me perdonó mi víctima, ó no quiso ocuparse de mí... En aquellos días entraste tú y te pusieron á mi servicio. Simpatizamos; me inspirabas lástima; pensé que te catequizaban para sepultarte allí toda la vida. Mi padre llegó al fin, y solté los hábitos para venirme á casa. De la fuerza del alegrón yo estaba como idiota cuando salí, y en los primeros días que aquí pasé, el ruido de la calle me ensordecía, y mi padre, mi hermano y Tomás eran como fantasmas que alrededor de mí se paseaban... Poco á poco fui entrando en la nueva vida y regocijándome más con ella. La tarde en que te me presentaste, diciéndome que te habías escapado y que en mi compañía querías estar hasta saber el paradero de tu padre, me alegré de veras: tu libertad me afirmaba en el contento de la mía... Me referiste lo del *Re-*

*lámpago*, y nos reímos del gran mico que se llevaron las monjas y el Padre Fulgencio... He concluido. Nada más tengo que contarte..”

Emancipada la atención de Lucila del interés del cuento, volvió á caer en el asunto que embargaba su espíritu: el amor de Tomás, su salud, su libertad. Observábala Domiciana alargando los morros. Por fin, la moza, sacando un suspiro de lo más profundo, se levantó y dijo: “Es tarde ya. Tengo que irme.

—Pero no te hagas la desentendida. Quedaste en darme los zapatos. Ya supondrás que no los quiero de balde. Te doy por ellos unos míos casi nuevos, y unas medias que no he estrenado todavía. Mis pies y los tuyos son tan hermanos que parecen los mismos...” Al decir esto se descalzaba. “Mira: no eres tu sola la que puedes ufanarte de un bonito pie. Ven á mi cuarto y haremos el cambio..”

Llevóla al gabinete próximo, y allí trocaron su calzado. Lucila iba ganando; pero la otra parecía más satisfecha, y reía mirando en sus pies las rojas chinelas puntiagudas. Luego recogió Cigüela de manos de su bienhechora lo que ésta le había ofrecido: chocolate, pan, alguna golosina, y de añadidura media peseta columnaria. “Ya ves—dijo la exclausturada contrayendo los morros:—te doy dos reales y medio.

—No sé cómo agradecerle favores tantos, Domiciana. Si no se enfadara, si no dijera

usted que me ha hecho la boca un fraile, me atrevería... ¿De veras no se enfada? Pues quisiera llevarle un poquito de ese licor... ¡Le sentará tan bien!

—¿Un poquito has dicho? Pues te llevas la otra botella que tengo. Ya me dará más Alonso. ¡Pobre Tomín, qué bien le probará! No le des más que un poquito á cada comida: esto ayuda á la reparación de fuerzas... Dime otra cosa: ¿fuma el Capitán?

—Sí que fuma cuando tiene qué. Yo recojo todas las colillas que encuentro; se las pico muy bien picaditas...

—Toma, toma otro real... Le compras un paquete de picadura, ó un macito de á veinticinco... Para el fumador, no hay privación más penosa que la de este vicio. Hemos de estar en tódo... Vaya, no te detengas. Adiós..

Salió Lucila muy consolada y muy agradecida, pero también un tanto recelosa. En su alma tomaba fuerza el deseo de ser sola en cuidar y proteger al infeliz Capitán. No quería compartir con nadie su abnegación, porque partiéndola ó admitiendo la abnegación extraña, creería ceder ó enajenar parte de sus derechos al amor de Tomín. Temía que la gratitud del hombre tuviera que dividirse, y ella no admitía tal división; mayormente si la partija de aquel sentimiento recaía en una mujer, quien quiera que ésta fuese. Cierto que la generosidad de Domiciana era desinteresada; nunca había visto al Capitán; pero podía llegar á conocerle, extremar sus beneficios, y reclamar siquiera

algunos rayos de la mirada de los ojos azules... Cuando llegó á la Cabecera del Rastro, disipáronse como bocanada de humo estas vagas cavilaciones, dejando todo el espacio de su alma á la previsión y ansiosas dudas de lo que á su regreso encontraría. ¿Habría pasado algo?... Acordóse entonces de los periódicos que le había encargado Tomín, y volvió atrás, muy disgustada de su mala memoria y de la tardanza que el largo rodeo en busca de los papeles le ocasionaría... Vaciló, detúvose en la calle de San Dámaso, pensando si sería más conveniente entrar tarde con los periódicos ó temprano sin ellos, y al fin decidióse por lo segundo, amparándose de esta especiosa razón: "El tabaco y el rosolí bien valen los papeles... Otro día será.."

Como siempre, subió temblando por la luenga escalera que bajo sus pies gemía. Famélicos gatos la saludaron con mayidos melancólicos. La noche era plácida, estrellada, y del suelo subían el vapor y el ruido de la vida urbana, mezclados con el desagradable olor de las fábricas de velas de sebo. En las primeras noches que la pobre Lucila vivió en tan desamparadas alturas, el vaho del sebo derretido se le metía en la cabeza, y de tal modo á su mente se adhería cuanto contemplaban sus ojos, que llegó á creer que olían mal las estrellas. Pero á todo se fué acostumbrando, y la delicadeza de su olfato se embotaba de día en día... Sin aliento llegó á su desván. No había ocurrido nada:

Tomín la esperaba risueño y tranquilo. Se abrazaron.

Entre los abrazos, dió Cigüela explicación de no haber llevado los periódicos, y mostrando el botín de aquel día, más pingüe de lo que Tomín pudiera imaginar, le permitió catar el rosolí, como medicamento tónico. Antes de la cura y cena, la enfermera le dió un paseito por la estancia, durante el cual el preso estuvo ágil de remos, despabilado de cabeza, decidor de palabra. Y antes de recogerle á su descanso, le arrimó al ventanal para que contemplara el cielo. Lucila le enseñaba las estrellas más brillantes, las más hermosas... que olían á rosolí.

## IX

Pasaron días, entre los cuales se deslizaron los de Navidad, confundiendo su barullo con el trajín de los ordinarios; acabóse el año 50, y entró su sucesor con fríos crueles, que obligaron al vecindario de Madrid á recogerse al amor de las camillas para sacar los estrechos. ¡Y qué preciosísimos disparates resultaron de aquel juego en algunas casas! Al sacar las papeletas, todo el concurso reventaba de risa. ¡Martínez de la Rosa con la Petra Cámara; el Nuncio con la dentista Doña Polonia Sanz, y la Reina Madre con D. Wenceslao Ayguals de Izco! Entre Navidad y Reyes, hizo Lucila no pocas visi-

tas á Domiciana, encontrando á ésta tan magnánima y dadivosa, que parecía constituirse en Providencia nata del pobre Tomín y de su atribulada compañera. Una tarde le dió, envueltos en un papel de seda, dos cigarros puros, que ella misma había comprado. A tan hermoso obsequio, siguieron: ya el cuarto de gallina, ya la perdiz escabechada, bien las lucidas porciones de garbanzos, patatas y otros comestibles. Huevos hubo un día, otro jamón, y nunca faltaban chocolate y pan. Los cuartos y las medias pesetas ó pesetas, á veces columnarias, menudeaban que era un gusto, y cuando apretaron las heladas, se descolgó con una buena manta, nuevecita. Lo de menos era la limosna material, que más que ésta valían el buen modo y las recomendaciones cariñosas. “¡Ay, hija, evitemos á todo trance que pase frío!... Ten cuidado, por la noche, de que no se ponga á dar manotazos, destapándose... Arrópale bien... Dale la comida con método, sin dejarle que se atraque de lo que más le guste; y el vino con medida... Para cuando pueda salir de casa, le estoy preparando un chaleco de mucho abrigo... Mira: estos cigarros que te doy són para que fume hoy uno y otro mañana. No permitas que se fume los dos en un día.”

Y Cigüela, con estas crecientes efusiones caritativas, agradeciendo mucho y recelando más. ¿Pero qué remedio tenía sino tomar lo que le daban, librándose así de la fatigosa y triste correría en busca de socorro? Atenta

siempre á los actos y dichos de Domiciana, observó en aquellos días alguna variación en sus hábitos: la que no salía de casa más que para ir á misa á San Justo muy temprano, ausente estaba largas horas en pleno día. Dos veces dijeron á Cigiuela en la cerería que la señora había salido, y tuvo que esperarla. Al entrar fatigada, decía la monja que la necesidad de colocar sus drogas la sacaba de su quietud y recogimiento. En todo ello resplandecía la verosimilitud; pero la guapa moza, llevada por su desamparo y la tenacidad de sus desdichas á un horrendo escepticismo, en los hechos más inocentes veía sombrajos ó barruntos de nuevas tribulaciones.

Ya iban los Reyes de vuelta para su tierra de Oriente, y llevaban tres días ó cuatro de camino, cuando Lucila, al entrar en la cerería, se sorprendió de ver en ella más gente de la que allí solía pasar el rato charlando. Las primeras palabras que oyó hicieronle comprender que había caído Narváez. Ya era Jefe del Gobierno D. Juan Bravo Murillo. Se alegró de la noticia, pues á Narváez, visto del lado de su particular desventura, le juzgaba como el peor de los gobernantes. "Luciita—le dijo D. Gabino con la melosa inflexión de voz que para ella reservaba,—pasa al taller, que hoy es día de cera, y allá está mi hija regentando., Corrió la moza á la trastienda, y de allí, por estrecho patinillo en que había un pozo cubierto, ganó la puerta de un aposento ahumado.

Salíó Domiciana á recibirla con mandilón de arpillera y el cazo en la mano, y á gritos le dijo: "Ven, mujer... Ya te esperaba. Hoy estamos de enhorabuena., No era la primera vez que su amiga la recibía en las funciones del arte de cerero, aplicando á ellas el elemento más varonil de su compleja voluntad. Aquel día la vió Lucila más radiante de absolutismo, más fachendosa y con los morros más prominentes.

—¿Enhorabuena ha dicho usted?

—¿Pero no sabes que ha caído ese perro? Tendido le tienes ya en medio de la calle, y no volverá á levantarse, pues... quien yo me sé le pondrá el pie sobre la jeta para que no remusgue. Alégrate, mujer; ya nos ha quitado Dios de en medio al causante de la desgracia de tu pobrecito Tolomín.,

No podía la cerera extenderse en mayores comentarios, porque la cera, derritiéndose en la olla puesta al fuego, decía con su hervor que ya estaba en el punto de licuación, y que anhelaba correr sobre los pábilos. A una señal de Domiciana, Ezequiel y Tomás cogieron la olla por sus dos asas y la llevaron al centro de la estancia, junto al arillo, rueda colgada horizontalmente. De la circunferencia de este artefacto pendían los pábilos de algodón é hilaza cortados cuidadosamente por D. Gabino. A plomo bajo el arillo fué puesta la paila, que debía recibir el gotear de la cera. Ezequiel ocupó su sitio, arrimando á su pecho el bañador. Iniciado el girar lento del arillo, á medida que iban

llegando frente al operario los pábilos colgantes, aquél derramaba en la cabeza de éstos la cera líquida que con un cazo sacaba de la olla. Los pábilos, pasando uno tras otro y repasando en circular procesión de tío-vivo, iban recibiendo la lluvia ó baño vertical de cera, que pronto blanqueaba y vestía de carne los esqueletos de algodón. Domiciana no apartaba de su hermano los ojos, vigilando la obra y recomendando que los chorretazos del líquido fueran administrados con esmero, para que todos los hilos se revistiesen por igual, y engrosaran sus cuerpos sin jorobas ni buches... El arillo se aceleraba conducido por Tomás demasiado á prisa, y Ezequiel, que era en sus movimientos muy parsimonioso, dejaba pasar algunos pábilos sin echarles el riego. Pero Domiciana, templando, midiendo y coordinando las dos fuerzas, logró al fin la perfecta armonía, y el trabajo siguió su curso, remedando la eficaz lentitud de las funciones de la Naturaleza.

Lucila seguía con su mirada el paso de los pábilos, como si algo le dijera ó expresara la ceremoniosa marcha, y el irse vistiendo unos tras otros, siendo cada cual punto en que concluía y principiaba la operación, imagen de las cosas eternas y del giro del tiempo. Como había entrado de la calle muerta de frío, el calor del taller la confortaba, y hastiado su olfato del tufo de sebo que respiraba en las calles del Sur, el noble olor eclesiástico de la cera le resultó sensa-

ción grata, como la de besar el anillo de un señor Obispo á la salida de función solemne. El abrigo del taller y la conversación de Domiciana atrajeron á más de un tertulio de los que tiritaban en la tienda: un señor de mediana edad, vestido con buena ropa de largo uso, con todas las trazas de cesante de cierta categoría, entró de los primeros, y arrimando sus manos al rescoldo de la hornilla donde estuvo la olla, manifestó con gruñidos el regocijo del animal que satisface un apremiante apetito. "Calientese aquí, D. Mariano—le dijo la cerera,—y quiera Dios que el sol que ahora sale le caliente más todavía.

—En ello pienso, señora... ¿Sabe usted que en el nuevo Ministerio tenemos á Bertrán de Lis, amigo mío desde que éramos muchachos? Pienso que ahora se ha de reparar la injusticia que hicieron conmigo los hombres del 44.."

Sentóse junto á Lucila, que le saludó con inclinación de cabeza: le conocía de verle en la tienda. Era D. Mariano Centurión, palaciego cesante, que bebía los vientos por recobrar su plaza.

"Y no se diga de mí—prosiguió,—que soy de los hombres del 40, pues también Bertrán de Lis es del 40, y si me apuran tendré que ponerle entre los del 34, el año de la matazón de frailes... El cambiar de los tiempos me ha traído á mí á un cambio completo de dogmas. Narváez me quitó mi destino sin más fundamento que mi amistad con

Olózaga, y hace poco me negó la reposición porque soy amigo de Donoso Cortés. ¿En qué quedamos? ¿A qué santo debe uno encomendarse?..

En esto entró unclérigo, que se refregó las manos junto á las brasas diciendo: "Créame el amigo Centurión: son los mismos perritos del 37, con los collares que se pusieron para hacer la del 43... Pero á mí no me la dan. No me trago yo el bolo de que Don Juan Bravo Murillo viene á desembarazarnos de la Constitución y á devolvernos la sencillez clásica del Absolutismo... Para esto necesitaría traer otra gente. A estos hombres no les entra en la cabeza el Gobierno de Cristo. Mírelos usted bien, y verá que por debajo de los faldones de las casacas bordadas se les ve el rabo masónico... ¡ji, ji... No me fio, Sr. D. Mariano; no veo la Moralidad, no veo la Fe...

—¡Ah! perdone el amigo Codoñera—dijo Centurión con ironía grave.—Lo que darán de sí estos caballeros en política no lo sé... pero en Moralidad han de hacer primores. Como que no vienen á otra cosa ¡Moralidad y Economías! Y no me negará usted que todos traen divisa blanca, como procedentes de la ganadería de la Honradez.

—Eso sí: y el pueblo, que otra cosa no sabrá, pero á poner motes graciosos y oportunos no hay quien le gane, llama al nuevo Ministerio *El honrado concejo de la Mesta*..

Los pábilos ya no se veían bajo la vestidura de cera; las velas engordaban á cada

revolución del arillo, presentándose á recibir el riego, y siguiendo su paso de baile ceremonioso por todo el circuito. Sin desentenderse de la vigilancia del trabajo, Domiciana llamó junto á sí á Lucila para decirle: "Hoy no podremos charlar: ya ves. Si no estoy encima de esta gente, me harán cualquier chapucería. A mi padre dejé el encargo de darte ocho reales: compra lo que necesites para hoy; no olvides de llevarle á Tomín papeles públicos para que se entere bien de que entran á mandar los Honrados. En confianza te diré que creo en el indulto como si ya lo viéramos en la *Gaceta*... Oye otra cosa: mientras viene el indulto, convendrá que tengáis un alojamiento más seguro y decoroso, con más comodidades, donde Tomín pueda reponerse y cobrar fuerzas... De eso me encargo yo... Puedes marcharte ya si quieres. Si mañana vienes temprano y no me encuentras aquí, estaré en San Justo.."

Echó Lucila la última mirada á las velas, que seguían bañándose en cera y engrosando á cada chorro, y se fue hacia la tienda. Allí le salió al encuentro D. Gabino, y empujándola hacia la rinconada donde tenía el pupitre y el cajón del dinero, le puso en la mano las dos pesetas designadas por su hija, y otra, columnaria, que de tapadillo el buen señor por su cuenta le daba. Le cerró y apretó la mano en que ella las había recibido, y alegrado su rostro con una confianza un tanto picaresca, le dijo: "Luciita, eres tan

guapa, que no está bien andes suelta por el mundo, donde te solicitarán pisaverdes sin juicio y mozuelos *de poca pringue*. Oye mi consejo: debes tomar estado. Piensa bien lo que haces. Te conviene un marido maduro, un marido sentado... Los hay, yo te lo aseguro; los hay muy respetables, algo añosos; pero que saben cumplir, y bien probado lo tienen... ¿Con que lo pensarás, Luciita? ¿Me prometes pensarlo?

—Sí, D. Gabino, lo pensaré—replicó Lucila con verdaderas ansias de perder de vista al patriarca fecundo.—Déjeme que lo piense... y muchas gracias.,

Otros dos estantiguas, que de mostrador adentro, arrimados á un brasero mustio, rezongaban críticas del *honrado* Ministerio, la despidieron con amables adioses y sonrisas de bocas desdentadas. Salió Cigüela con el corazón oprimido, no sabiendo si bendecir á Dios por la creciente abundancia de los socorros y dádivas, ó maldecir su propia suerte, que la incapacitaba para la debida gratitud... Era media tarde, y vagó largo rato por Madrid haciendo sus compras, y buscando periódicos para que Tomín leyese y juzgase por sí mismo las cosas políticas. Movida de la curiosidad, y andando ya para su casa, parábase á leer algo en los papeles que había comprado, por si alguno hablaba ya de indulto á los militares condenados en Consejo de guerra. Pero nada de esto encontró, sino una palabrería ininteligible sobre la Deuda pública y sus arreglos, y noticias

sobre la próxima inauguración del ferrocarril de Madrid al Real Sitio de Aranjuez. Nada le importaba á Lucila la llamada Deuda pública, que no era otra cosa que las trampas del Gobierno, y en cuanto al Camino de Hierro, admitió su utilidad pensando que siempre es bueno llegar pronto á donde se quiere ir.

Con esta idea avivó el paso, sin desviarse del recto camino. Al subir á su camaranchón aéreo, encontró á Tomín levantado, impaciente... Ya podía pasear solo; ya se desvanecían y alejaban, con los dolores de su cuerpo, las sombras de su espíritu... El día era la vida, la noche la esperanza.

## X

Fué á San Justo Lucila en busca de Domíana, como ésta le había mandado; pero no la encontró. En la cerería tampoco estaba. Prescindió de ella por aquel día, y al siguiente le dió D. Gabino el socorro por encargo de su hija, que andaba en ocupaciones callejeras. Otro día volvió, en ocasión de estar ausente el cerero. Ezequiel entregó á la moza, de parte de su hermana, un paquete de comestibles y dos moneditas de á real y cuartillo, agregando frases de afecto dulce, y una vanidosa ostentación de las velas que estaba rizando detrás del mostrador. “Mira, Lucila, ¿que te parece esta obra?., Digno era